

Leer a Barthes: los motivos de un placer

Francisco Bitar

Universidad Nacional del Litoral - CONICET

Desde sus primeros libros, leemos a Barthes con placer. Con esto quiero decir que su lectura tolera el ritual placentero de, como decía Calvino, los pies en alto: lo llevamos de viaje, de paseo, a la cama: al contrario de sus compañeros de estante, Barthes sale del estricto ámbito del estudio o la biblioteca para acompañarme, se diría, en el mundo. Si esto ocurre así, si lo leemos como si se tratara de un texto de placer, es porque su lectura se asemeja, en los mismos términos que el propio Barthes le ha conferido, a la lectura literaria: un trabajo al que se le ha extirpado todo esfuerzo, y cuya práctica, por estar hecha a la medida del cuerpo, sobrepasa nuestra memoria y nuestra consciencia (Barthes *El susurro* 42). Este trabajo reflexiona acerca del tipo de placer que –en términos del propio Barthes y auxiliados por una idea de Alain Robbe-Grillet– sería capaz de describir el deleite de su lectura, desprendido de una forma que, en su vertiginoso ir hacia adelante, propicia un modo especial de olvido, y situado en las cercanías de un tipo particular de ensayo de escritor.

El deslizamiento como forma del ensayo

Leemos entonces a Barthes con placer, *como si* leyéramos literatura. Este *como si* no es uno heredado o impuesto desde afuera: la *doxa* –si llamamos así a las fuerzas reductoras que procuran igualar su nombre a la restricción de un sentido cristalizado–, la *doxa*, decíamos, apunta a confinarlo en el lugar contrario: como el portador de un saber más o menos transparente pero siempre comunicable, con la portabilidad exigible a los saberes científicos. Al contrario, lo literario de su escritura –si pensamos su semejanza con la literatura moderna, cuyo discurso no es *subrayable*: ni resumible ni condensable en un saber– supone una manera de desmarcarse de las investiduras fantasmáticas de una imagen, por lo general aplicada a Barthes con riguroso retraso (la

del semiólogo, la del crítico cultural, la del militante, etc.), e incapaz, aquella imagen, de detener en un sentido unívoco lo irreductible de su lectura.

Abolida toda consideración externa o heredada, la *condición literaria* emanada de sus libros se nos presenta en la propia forma de la letra. Si los libros de Barthes pueden no solo estudiarse, sino también experimentarse *con el placer* propio de la literatura –si podemos sacar a Barthes de los límites de esa habitación sería: nuestro estudio, o si, con la presencia de sus libros, el estudio se transforma en una habitación deseable– es porque hay algo en la configuración de sus ensayos que nos permite leerlos más allá de toda prerrogativa extractivista, la que procura drenar de ellos un saber. Es que los libros de Barthes no son solamente *estudiables*, entendiendo esta clase de texto como aquel ordenado a un propósito útil: el de recordarlo, cualquiera sea el lugar de su futura reproducción (la clase, el *paper*, la tertulia o cualquier otro espacio de transacción de esta especie). Por el contrario: su condición es la de un texto *legible*, casi en los mismos términos en que Barthes lo propone (como aquel que ha ingresado en un intervalo de intransitividad; *S/Z* 2), pero vaciado, para nosotros, de toda solemnidad; al contrario, leer a Barthes significa la celebración de no estar obligado a hacer nada con su lectura, desde que se me permite, en ella, olvidar.

Entonces, si es posible leer el ensayo barthesiano más acá de toda utilidad, es porque están dadas en él las condiciones para olvidar, y esas condiciones se anuncian, como decíamos antes, en la forma misma del texto. A propósito de este olvido al que tiende la lectura de Barthes, Alain Robbe-Grillet cuenta una anécdota. El episodio tiene lugar a la salida del Collège de France, luego de la Lección Inaugural, que, según el novelista, dejó a los asistentes exaltados y resistentes en la misma medida. Entre estos últimos, una joven periodista de *Nouvelles littéraires*, recusando el entusiasmo de Robbe-Grillet, exclamó: “Pero, en definitiva, ¿qué ha dicho [Barthes]? ¡En realidad, no ha dicho nada!”; lo que suscita la siguiente reflexión del escritor:

Bueno, es posible. Pero eso no supone ninguna contradicción con el placer que yo sentía. Si se tratase del discurso de un pensador, cabría resumir en unas cuantas frases el contenido de su pensamiento. Le respondí: “Pues no, no ha dicho nada, se ha deslizado continuamente de un sentido que se escabulle a otro sentido que también se escabulle”. (Robbe-Grillet *Por qué* 43)

Hay, en la intervención de Robbe-Grillet, una formulación opositiva que procede de manera estrictamente barthesiana: la de un binarismo ordenado a valorar uno de los términos en la mengua del otro. El contravalor, en este caso, corresponde al discurso contenidista de una clase de pensador, el que “cabría resumir en unas cuantas frases”, y que, en tanto pensamiento conceptual, es capaz de temblar “pero solo en torno a un eje fijo, a un núcleo de sentido sólido que le impedirá deshacerse” (*Por qué* 44). Un pensamiento conceptual de esta especie, reglado y normalmente organizado, se consagra, como lo exigen sus protocolos, a “delimitar progresivamente un objeto cuya densidad crecería incesantemente hacia una esencia” (*Por qué* 44) o, diríamos nosotros, hacia su sentido definitivo, el segmento extraíble y en el futuro intercambiable del texto estudiable.

La estructura del deslizamiento, en cambio, es completamente opuesta, “en la medida en que abandona continuamente las posiciones que aparenta haber conquistado” (*Por qué* 45). Estos deslizamientos pueden localizarse, según Robbe-Grillet, desde *El grado cero de la escritura* en adelante –es decir, desde los primeros libros de Barthes–, a través de la forma retórica de “una serie de fragmentos de discurso” por un lado “unidos por ‘es decir’, ‘lo cual hace que’, ‘en una palabra’, etcétera”, del otro:

Partimos de algo firme. “Sabemos que la lengua es un cuerpo de prescripciones y de costumbres común a todos los escritores de una época” (está claro, es así), y, acto seguido, empiezo a deslizarme: “lo que hace que la lengua sea como una naturaleza que atraviesa por entero la palabra del escritor sin por ello darle la forma, siquiera alimentarla”. Ahí ya hay una especie de trapaza, pues, en realidad, eso no es así en absoluto. Es un pensamiento que se ha ido deslizando, que fluye, y que va a seguir desliziéndose así, de metáfora en metáfora, hasta el punto que, en una sola página, no habremos tomado sino perdido pie [...]. Desde el final de la primera página, estoy flotando. No puedo aferrarme a un pensamiento firme. (*Por qué* 45)

De este modo –por la vía de una serie de conectores que funcionan a la manera de *shifters* aluvionales: relevando a cada instante la idea anterior de todo desarrollo, al sustituirla por la aparición de una idea nueva– el deslizamiento se presenta como el proceder que me permite (a mí, lector) dar saltos de un sentido que se escabulle a otro, nuevamente escabullido. En esta carrera por relevos, toda prominencia se habrá diluido, y con ella todo destilado de sentido: el ensayo en Barthes no será intercambiable del todo por ninguna de sus premisas, desde que no hay en él un concepto soberano que

valga por el conjunto, en permanente desplazamiento. De hecho, la noción misma de premisa, como instancia previa y necesaria camino de una conclusión, no tiene nada que hacer aquí salvo actuar como pivote por el cual cada formulación pasa nuevamente para dar lugar a una formulación posterior en el juego perpetuo de las sustituciones: si el pensamiento determinista se funda en la operación por la cual, al aceptar las conclusiones, aceptamos también las premisas que nos condujeron a ellas, entonces el de Barthes es un pensamiento semejante al de lo indeterminado desde que, en su perpetuo deslizamiento, no hay un sentido que suponga o contenga por completo a los demás, lo que equivale a decir que ninguna de sus proposiciones aparecerá de lleno ligada a una premisa soberana.

Es por virtud de este deslizamiento, en suma, que pierdo pie en las aguas, no de lo informe, sino de la pura forma: a cambio de la presencia de un pensamiento firme al cual aferrarme, y que me permita, con su estabilidad, detener la *caída* de mi lectura, se me concede en el ensayo barthesiano la posibilidad de olvidar o, en todo caso, la impresión de que no es necesario retener, de mi lectura, nada (el relevo de un sentido por otro difiere el sentido último más allá del final). En Barthes este ensamblaje metonímico –disparado velozmente hacia adelante– es equivalente a aquel juego del hombrecito que, para pasar al otro lado del río, se da impulso en el caparazón de las tortugas, hundidas a cada salto; una vez del otro lado, el hombrecito no es capaz de ver detrás de él huella alguna de su paso: nada que no sea el río en su perpetuo fluir.

La pura forma, decíamos, y así es como entiende también Robbe-Grillet al texto barthesiano: “No, ese texto no es dissociable, por utilizar las fórmulas sartreanas, en un contenido y una forma; no puedo encontrarle otra cosa que no sea su forma, no tiene otro contenido que esta especie de deslizamiento que se ha producido” (*Por qué* 45). Tal como lo formuló la joven periodista de *Nouvelles littéraires*, Bathes no dice nada, siempre que se entienda ese decir como mera emergencia de un saber identificable, verdad útil o reproducible, más allá del acto de plena escritura del ensayo: si Barthes pone entre paréntesis la dimensión de verdad de la crítica, es “porque insiste en cambio en su aspecto ficcional o poético” (Todorov *Crítica* 76).¹

¹ Esta insistencia en el aspecto ficcional o poético de la crítica es elevado por Todorov, desde su carácter formal, a un rasgo existencial en Barthes. Para Todorov “la coexistencia de varias ideologías, de varios puntos de vista, le parece a Barthes una razón suficiente para que la crítica renuncie para siempre a hablar justamente

El placer suspensivo: vigilancia y rasgadura

Pero es necesario volver, si nos situamos en el lugar de “lectores de literatura”, al efecto de placer en la lectura de Barthes, que según Robbe-Grillet no se contradice con la ausencia, en el texto, de un “pensamiento firme”, y que, por el contrario, se condice con la organización metonímica de un ensayo que funciona por un relevo incesante de sentido. ¿Qué tipo de placer será este que funciona por obra de un desplazamiento constante y relativo a un texto no ya estudiado pero todavía no escribible? Barthes refiere a él en su tipologización de los placeres de la lectura, justamente en el lugar de un *entre*, el de un intervalo que se abre entre la fetichización del texto de un lado y el acto de la escritura del otro. Se trata del placer por el cual

el lector se siente como arrastrado hacia delante a lo largo del libro por una fuerza que, de manera más o menos disfrazada, pertenece siempre al orden del suspenso: el libro se va anulando poco a poco, y es en este desgaste impaciente y apresurado en donde reside el placer; por supuesto, se trata principalmente del placer metonímico de toda narración, y no olvidemos que el propio saber o la idea pueden estar narrados, sometidos a un movimiento con suspenso; este placer está visiblemente ligado a la vigilancia de lo que ocurre y al develamiento de lo que esconde. (Barthes *El susurro* 54)

Para este tipo de placer, entonces, el deleite recae en el suspenso, esto es: en la fuerza que arrastra al lector adelante, hacia un develamiento de lo que el texto esconde. Corresponde preguntarnos en este punto si, tratándose de un recorrido hacia el lugar adonde el secreto por fin se revela, este suspenso, y por lo tanto este placer, funcionaría solo en esa dirección, si le debería su motricidad exclusivamente al empuje de la anécdota. ¿Se acomodaría dicho placer al desarrollo lineal del tiempo del relato, en estricta coincidencia con el planteamiento argumental? ¿Sería este placer metonímico de la lectura, al fin, del orden de la estructura? En ese caso, el suspenso se detendría (el deseo

en nombre de los principios verdaderos” (*Crítica* 75). Este “historicismo radical (ninguna verdad general, sólo ideologías puntuales)” combinado con un “desinterés por la historia”, resultarían en una reivindicación del relativismo y el individualismo. Para Todorov, a este Barthes, que “cambia constantemente de posición”, le hace falta “formular una idea para desinteresarse de ella”, cambio que se explica “no por ligereza alguna sino por una actitud diferente respecto de las ideas”. Como cualquier escritor público, “Barthes se preocupa por encontrar, para cada idea, la mejor formulación, pero esto no lo lleva a asumirla” (*Crítica* *ibid.*).

encontraría su objeto y el placer, su consumación) en la solución del secreto planteado en un principio.

Pero esto, tomar el placer suspensivo de la lectura por el mero orden lineal, significaría oponer en el texto –de modo arbitrario y, al fin, definitivo– aquello que es útil al develamiento del enigma a aquello que no lo es. De hecho, la disposición de este texto, reducible a su anécdota y al que podríamos llamar clásico, se asemeja a la de un laberinto, con un único centro, una única ruta para alcanzarlo y con el resto de los caminos, inútiles como se presentan, clausurados. Es un principio aplicable a aquellos textos que leemos por arriba, adelantando páginas y páginas, con el objeto de seguir la trama y conocer el final, y a los que Barthes llama de *trmesis débil*: “¿se ha leído alguna vez a Proust, Balzac o *La guerra y la paz* palabra por palabra?” (Barthes *El placer* 21).

Por el contrario: esta clase de placer suspensivo de la lectura comporta “una vigilancia”, no porque el develamiento del suspenso fuera de solución más o menos compleja, sino porque ese develamiento podrá producirse en cualquier parte del texto, con independencia, incluso con indiferencia, de su orden lineal. Todavía más: con buenos motivos, este lector de placer –si se entiende al placer como “exceso del texto”, esto es: lo que en el texto “excede a toda función (social) y todo funcionamiento (estructural)” (*El placer* 33)–, con buenos motivos, decíamos, este lector del placer suspensivo podría desconfiar del propósito estructural del texto por encontrar en él una estereotipia, la repetición inane de los lenguajes estructurales. Y es que este lector impone, a la envoltura textual, las “rasgaduras” de una lectura propia, que “pesa al texto y ligada a él lee, si así puede decirse, con aplicación y ardientemente, atrapa en cada punto del texto el asíndeton que corta los lenguajes, y no la anécdota” (*El placer* 22).

En efecto: el texto se va anulando hacia delante, pero en el movimiento de esa impaciencia se suspenden las condiciones de su linealidad: por obra del “asíndeton que corta los lenguajes”, la lectura del develamiento va y viene indiferente a sus enlaces, corta en zonas laterales a la estructura, se presenta ella misma fragmentaria más allá de la envoltura continua de la anécdota. El libro, en mi lectura, se vuelve al fin el mapa de sus islas, está condenado a los relieves que le impone mi deriva placentera, siempre indiferente del nivel estructural: la lectura del placer hace, del libro, un álbum personal, donde

“ciertas partes se hunden, otras quedan enteras, levantadas, cristalinas, puras y brillantes” (Barthes *La preparación* 257).

Pero para que esta rasgadura sea posible, para que esas partes emerjan en todo su brillo, es necesario liberar mi deseo de lectura de todo sentido anterior o exterior al texto, de modo que la cuerda del placer sea capaz de sonar en cualquier punto de su extensión, más lejos o más cerca de sus puntos de agarre (de tensión): “es por ello [porque la lectura está penetrada por el deseo] por lo que tiene la oportunidad de realizarse donde menos la esperamos, o al menos, nunca exactamente allí donde la esperábamos” (*El susurro* 48). Los subrayados –que representan la marca de mis rasgaduras– terminan conformando el catálogo, a la vez imprevisto y hasta entonces desconocido, de mis repentinas contemplaciones, es decir, de mis sensualidades.

Ensayo de escritor y olvido: para una ética de la lectura

Ahora bien, el tipo suspensivo de la lectura del placer, tal como lo señalaba Barthes, no se limita a los textos narrativos: “no olvidemos que el propio saber o la idea pueden estar narrados, sometidos a un movimiento con suspenso”, es decir, de empuje hacia delante, de “vigilancia de lo que ocurre y develamiento de lo que esconde”. Si el texto de pensamiento es susceptible de este movimiento es porque, a semejanza del texto narrativo, aparece articulado en torno a una estructura, la que señalaría, tal como en aquel caso, una distinción: lo esencial a la estructura y lo accesorio a su disposición. ¿Dónde encontrar, en el texto de pensamiento, el equivalente al secreto de secretos de la anécdota narrativa? Justamente, en la “idea firme”, en el concepto rector que subordina a los demás, disminuyendo la potencia de los conceptos subordinados tanto en el contenido como en la forma, disminución que se produce con el propósito de apuntalar la idea –de afirmarla en su firmeza–, y también de hacerla sobrevivir, transportándola como valor de cambio más allá del texto que la contiene.

Si leemos a Barthes con placer, si podemos, por detrás del libro, poner los pies en alto como si se tratara de literatura, en suma, si leemos el ensayo de Barthes como si se tratara de un ensayo de escritor, es porque esa clase de lectura, hecha al fin de rasgaduras sobre el continuo del texto, se propicia ya

desde la forma del deslizamiento: al leerlo, puedo disimular en él las constricciones de contenido a las que me reduce el texto de saber, el texto estudiable, para *seguir adelante*. En Barthes, la idea es móvil, *narrada*, intercambiable por la idea que sigue o, como mínimo, desplazada por ella hacia un pasado irrecuperable: en Barthes la “idea firme” de la que habla Robbe-Grillet se posterga en virtud de un bien mayor, en virtud del cual las demás ideas sobreviven en igualdad de condiciones (el propio texto trae a la mente la maqueta de una comunidad de ideas), para que cada una de ellas pueda a su turno olvidarse, garantizando la emergencia de las demás.

De modo que la vigilancia que proyecto en mi lectura sobre este texto de pensamiento metonímico se sustrae a su linealidad y se desplaza por barrido, a lo ancho, mediante la emisión de ondas, se diría, de la misma manera que lo hace un radar sobre un campo completo: atento no solamente a la ruta que lleva al centro, sino a los caminos de bosque que van por fuera de ella, en el espacio diseminado y observado en cualquiera de sus puntos con la misma atención, aplicada y ardiente. El develamiento no será voluntario, tópico, unívoco, sino fuera de lugar, sustraído de todo sentido fijo, al fin: atópico. (Como un radar o como una araña, atenta a los movimientos de la red en cualquiera de sus tramos; recordemos que la *bifología* anhelada por Barthes, contraria al tejido considerado “como un producto, un velo detrás del cual se encuentra más o menos oculto el sentido (la verdad)”, [*El placer* 104], se proponía como una idea generativa del texto, “trabajado a través de un entrelazado perpetuo”: allí donde “perdido del hilo, el sujeto se deshace” [*El placer* *ibid.*]).

El ensayo en Barthes, en suma, no está construido en base a lo accesorio o con atención a lo accesorio; es ya esa fragmentación, que sirve a lo disperso de mis rasgaduras: la tersa legibilidad no sin accidentes, sino con todos sus accidentes dispuestos a un mismo nivel y a la espera de mi tropiezo, el punto donde me detengo –a la altura que sea– y levanto la cabeza, no todavía a la espera de una asociación sino aún en el deleite suspensivo de lo que acabo de leer. Ante semejante evidencia de reciprocidad, el lector podría decir: el ensayo es la esfera gozosa cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna, queriendo decir, en todo caso, que cada punto de la circunferencia equidista respecto del centro, un centro vacío que está en el texto mismo y que es su fuerza. Sobre el final, lo mismo que ocurriría con la lectura de la novela, el ensayo se habrá anulado por completo, en el desgaste

apresurado en que reside este placer. Y no quedará nada más que el gasto del libro cerrado, desde que, en su perpetuo deslizamiento, la lectura de Barthes admite este movimiento, al fin, el del olvido.

Que es el olvido con el que empezamos: la tan mentada suspensión de la incredulidad no funcionaría en la práctica por la vía de una crasa inversión: no es que, con el fin de emularla, me sumerjo crédulo, cándido en el texto. Significa la posibilidad de adentrarme en él con este último desprendimiento: el olvido de lo que sé y de lo que, luego de transitarlo, podría saber. Este movimiento resulta crucial para auspiciar el ad-venimiento de mi deseo en la lectura y remite a la contingencia como valor intelectual pero también intelectual: la apertura hacia lo imprevisto de lo que seré en la gracia de una ética lectora. Es la clase de olvido que se repetirá al interior del texto, si es que el texto, como en el caso del ensayo en Barthes, así lo propicia: la lectura del placer aligerada de toda búsqueda de identidades, desmultiplicada al fin de sus sospechas, todas ellas fundadas en la necesidad de un piso de sentido en el que hacer pie, o, lo que es lo mismo, en la necesidad de una *doxa*: la clase, el mercado, la universidad.

Bibliografía:

- Barthes, Roland. *Roland Barthes por Roland Barthes*. Barcelona: Kairós, 1978.
- . *S/Z*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2000.
- . *Ensayos críticos*. Barcelona: Seix Barral, 2002.
- . *El grado cero de la escritura*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.
- . *El placer del texto*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.
- . *La preparación de la novela*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.
- . *El susurro del lenguaje*. Buenos Aires: Paidós, 2013.
- . *Crítica y verdad*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2014.
- Robbe-Grillet, Alain. *Por qué me gusta Barthes*. Barcelona: Paidós, 2009.
- Todorov, Tzvetan. *Crítica de la crítica*. Barcelona: Paidós, 2005.